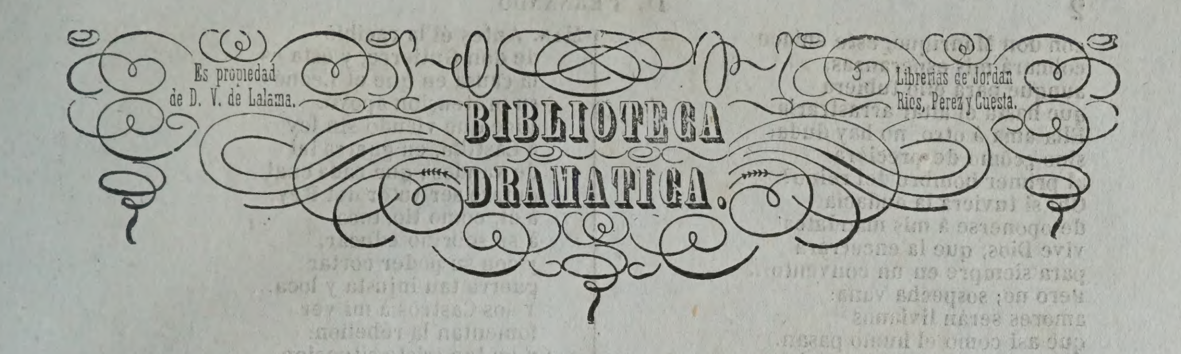


D. FERNANDO DE CASTRO.

Drama en tres actos y en verso, por D. CIPRIANO LOPEZ-SALGADO, *representado con aplauso en Madrid, á beneficio de la primera actriz Doña Dolores Ortiz, el 26 de enero de 1849.*

AL PRIMER ACTOR, DON PEDRO RODES.

Al dedicarte este drama no tengo la presuncion de creerlo digno de ti. Tú sabes que nadie mejor que yo conoce sus defectos, y yo sé tambien que nadie mejor que tú sabrá dispensarlos y apreciar en lo que vale la noble intencion de un verdadero amigo. A ti debo los aplausos conque el público ha recibido este drama; recibe tu, pues, esta dedicatoria como justo tributo que rinde al mérito artistico tu amigo, *El Autor.*

PERSONAGES.	ACTORES.
Doña Sol	Doña Dolores Ortiz.
Doña Guiomar	Doña Maria Muñoz.
Don Fernando de Castro	Pedro Rodes.
Don Manrique de Lara.	Don Agustin Cano.
Don Rodrigo Quesada.	Don Dalmacio Detrell.
Nuño de Almejir.	Don Enrique Lopez.
Gonzalo Marañon.	Don Francisco Benitez.
Jimenez.	Don Pedro Castellanos.
Un Alcaide.	Don N.
Otro idem.	Don F.

Nobles, Damas, Soldados.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante al gusto de la época en el castillo de san Esteban de Gormaz; una puerta á la derecha, del cuarto de doña Sol; otra á la izquierda, del cuarto de don Rodrigo; otra en el fondo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO, JIMENEZ.

RDO. Jimenez, no es ya preciso
que dobles la vigilancia;
son las últimas noticias,
segun parece, mas gratas.
Los Castros han desistido
de su empresa temeraria,
y no dudo que muy pronto
nuestra paz consolidada
será, merced al gran tino
de don Manrique de Lara.

JIM. Asi lo espero, señor.

ROD. Ten, no obstante, preparada
la guardia, porqne esta noche
vendrá don Manrique.

JIM. Se halla
siempre dispuesta á cumplir
su deber.

ROD. Apenas haga
el vigia la señal,
al punto sobre las armas
pondrás la guardia, y harás
los honores de ordenanza;
cuenta que el menor descuido
una cabeza lo paga,
y que esa ha de ser la tuya.

JIM. Si en mi deber una falta
cometo, será, Señor,
tan solo por ignorancia,
que por descuido jamás.

ROD. Pues cuidad de que no haya
ni lo uno ni lo otro.
Id con Dios que el tiempo pasa.

ESCENA II.

RODRIGO *solo.*

Hoy por fin ha de quedar
de Sol la boda acordada

con don Manrique; este enlace
colmará mis esperanzas,
aunque para ello tubiera
que hasta el altar arrastrarla.
Ella ama á otro, no hay duda;
sino ¿cómo despreciára
al primer hombre del reino?
Oh! si tuviera la audacia
de oponerse á mis mandatos!
vive Dios, que la encerrára
para siempre en un convento...
Pero no; sospecha vana:
amores serán livianos
que asi como el humo pasan.
Mas, sin embargo, es preciso
que no los sepa el de Lara:
conviene que ni aun sospeche
que yo pudiera obligarla...
Tal vez el menor recelo
hundiera mis esperanzas.
Crea que va á ser su esposa
tan solo porque le ama.
Mas ya parece que viene...
astucia, tiende tus alas.

ESCENA III.

Don Rodrigo, don Manrique de Lara, *armado de punta en blanco y seguido de algunos soldados que se quedan en la puerta del foro.*

Rod. Señor, inquieto esperaba
(yendo á recibirle á la puerta.)
vuestra venida: tres dias
hace hoy que no venias
y entre dudas vacilaba.
Qué causa ha podido haber?
Man. Grande, Rodrigo, en verdad.
Rod. Y es?..
Man. La sabreis... Despejad. *(á los guardias.)*
Rod. Qué ha podido suceder?
Alguna indisposicion?
Man. No, Rodrigo, ojalá fuera
tal causa, mas la quisiera
mi angustiado corazon.
Rod. Nuevos disturbios?
Man. Si, amigo.
El Rey de Leon ha entrado
por Castilla, y ha arrasado
varios pueblos: buen testigo
es de su saña feroz
mi señorio, que en él
desplega altivo y cruél
la venganza mas atroz.
Pretestando que se humilla
su derecho, está enojado
por no haberle encomendado
el gobierno de Castilla.
Rod. Si el Rey don Sancho al morir
á otro lo encomendó,
fué su voluntad, y yo
juzgo se debe cumplir.
Man. Cierto: pero el testamento
á otro ha nombrado, no á mi:
yo de Acia recibi
carga que tanto la siento.
Rod. Al traspasárosla á vos
en ley obró don Garcia;
y pues lo hizo, seria
tal la voluntad de Dios.
Man. Antes él la recibió
de don Gutierre, y esta es
la causa en que el Leonés
su pretension apoyó.
Dice que viendo sin ley
á Castilla, en guerra tal
de vandos, que cada cual
quiere ser tutor del Rey,
á él, como tio, toca
á su sobrino educar,
y con su poder cortar
guerra tan injusta y loca...
Y los Castros á mi ver
fomentan la rebelion:
y en tan triste situacion
no sé, Rodrigo, que hacer.
Rod. Los Castros, señor?
Man. Pregonan
que ambicioso de mandar,
le hice el gobierno dejar
á su tio, y les abonan
muchos pueblos.
Rod. No habeis dado
orden de que á don Gutierre
al punto se desentierre
para que sea juzgado
de haber, infiel, cometido
crimen contra el Rey! Pues bien,
cuando la sentencia dén
verán el pleito perdido
sus sobrinos.
Man. No, Quesada,
ya la sentencia se dió,
y hasta en ella se probó
mi suerte desventurada...
Le han absuelto.
Rod. Será cierto!
Man. Y añaden por conclusion,
ser inhumana la accion
de ensañarse con un muerto.
Rod. Si el crímen ha cometido
justa es la pena, Señor,
que arredre á nuevo traidor,
que atente al Rey atrevido:
Man. En vano es ya reclamar
contra una sentencia dada.
Lo que conviene es, Quesada,
pronta venganza tomar.
Los Castros con tal memoria
orgullosos se presentan,
y á sus parciales alientan,
seguros de una victoria.
Rod. Y la temeis?
Man. No, en verdad,
que con razon en el brio
de Soria mucho confio
y de su grande lealtad.
Alli el rey está seguro
de Fernando de Leon,
y los Castros poco son
para derribar su muro.
Pero en tanto, sin cesar,
tala y destruye esta tierra
Fernando, con una guerra
muy dificil de cortar.
No hay géneros de trabajo
que ya los pueblos no sientan,
y cada dia se aumentan
mas y mas del Ebro al Tajo.

Este pueblo es harto fiel,
y á mi obediencia sumiso;
y, salvo vuestro permiso,
cuento, Rodrigo, con él,
que asi en guerra como en paz
valor y honradez mostró;
que nunca á su fé faltó
San Esteban de Gormaz.

ROD. Contad conmigo, señor,
y cuanta gente de guerra
mantengo por esta tierra,
pues derecho os da el amor.

MAN. Si, mi boda estrechará
mas y mas nuestra alianza;
no perdamos la esperanza,
y Dios nos ayudará.
Habladme de doña Sol,
consuelo de mis dolores,
reina entre todas las flores
del bello Eden español.
Habeis consultado ya
su voluntad?

ROD. Es la mia,
ni tener otra podria
quien á mi sumisa está.
Desde niña la crié,
sus padres me la encargaron,
y no en valde, confiaron
en mi palabra y mi fé.
Su nobleza es bien preclara,
á la vuestra corresponde,
que al fin es hija de un conde
que en nada cedió al de Lara.
Yo no quiero que se diga
por lengua vil, engañosa,
que al dárosla por esposa
mezquino interés me obliga;
pues cumple á mi condicion
ser un padre, no un tirano;
por eso entrego su mano
á quien dá su corazon.
Si no os amára, jamás
sacrificarla podria,
aunque juzgo que seria
el intentarlo demás.

MAN. Esa es mi ventura.

ROD. En fin,
ella misma os lo dirá
cuando llegue, que estará
tal vez ahora en el jardin.

MAN. Bien, Rodrigo, en tanto, quiero
nuevos partes enviar,
á ver si consigo alzar
cuantos pueblos baña el Duero.
Escaso estoy de soldados
cuando mas los necesito,
mientras su poder maldito
estienden los sublevados.

ROD. Pues bien, en mi cuarto entremos
donde dispuesto hallareis,
lo que al efecto quereis
sin faltar nada.

MAN. Pasemos. (*vanse los dos.*)

ESCENA IV.

DOÑA SOL, DOÑA GUIOMAR, *por el foro.*

SOL. Hermosa noche por cierto.

GUIO. Divina!

SOL. Ganas me dan
de pasarla entre las flores
del jardin, á la verdad.

GUIO. Eso es, hasta denoche
las quereis avergonzar.
Hay flor que no abre su caliz
de dia porque la dá
rubor mirar á su lado
vuestro rostro angelical.

SOL. Qué tonta eres, dueña mia!
Si das en disparatar,
eres capaz de decir
que llora el sol porque está
muerto de envidia por mí.

GUIO. Y diria la verdad.
Me pareceis mas hermosa...

SOL. Que quién?

GUIO. Que vuestro galan.
Y es hermoso como un oro.

SOL. Te gusta?

GUIO. Mucho en verdad.
Cuando viene por las noches
á hablaros ¡Jesus! me dá
una lástima que esté
al sereno, que ya, ya...
Si yo tuviera las llaves
del castillo...

SOL. Qué, Guiomar?

GUIO. Que no se estaria á fé
á merced del vendabal
que algunas noches azota
su cabello sin piedad.

SOL. Cuánto vales! Ah! te quiero
mas que á mi vida.

GUIO. Pues! Bah!
Y que dejais para él?

SOL. El corazon: vale mas
el corazon á quien ama
que la vida.

GUIO. Con qué afan
estará esperando la hora
de hablaros; pero es fatal
tener que hablarse tan lejos:
una ventana que está
tan alta que apenas llega
la voz á ella, y ademas
un foso de cuatro varas:
¡es una fatalidad.

SOL. Desde que tuve la dicha
de conocerle en Gormaz,
donde le hablé cuatro veces,
hace un año que asi van
pasando dias y dias:
pero cada vez que da
la hora en que venir debe,
siento un placer celestial
que no le cambiára, es cierto,
por toda una eternidad
de honores y de riquezas.

GUIO. Si? Pues muy cercano está
ese momento; ya son
las nueve.

SOL. Es original!
que siempre que á hablarle voy
siento en el pecho un afan,
una angustia; el corazon
no le puedo sujetar,
y me parece que tengo
miedo, alegria... si, un ¡ay!

en el alma que no puedo
comprender, y al fin me dá
un temblor...

Guio. Toma! Pues eso
es amor, y nada mas.

Sol. Ya siento una angustia...

Guio. Si?
Pues esta noche será
muy tarde cuando le hableis.

Sol. Por qué?

Guio. Tan pronto olvidais
que ha venido don Manrique?

Sol. Ah! tienes razon... el mal
en ese hombre me persigue.

Guio. Ya porque os quiere casar
con él don Rodrigo, ahora
os afligis; haceis mal.
Hay mas que decir: «no quiero»
con entereza?

Sol. Me das
un consejo que mil veces
he pretendido ensayar,
pero me faltó el valor.
Lo que ahora siento es que estan
al rededor del castillo
las tropas, y no vendrá
esta noche mi Fernando.

Guio. Tambien es particular.
A qué traeria esta noche
tanta gente? Es por demas;
está hecho un campamento
el castillo; tanto entrar
y salir. Siempre ha venido
con poca gente.

Sol. Serán
cosas que á nosotras nada
nos importen.

Guio. Es verdad.

Sol. Si ocupados de esas cosas
se llegáran á olvidar
de mi ¡qué feliz seria!

Guio. Me parece que aqui estan...
si; vámonos. (*vase.*)

(Se dirigen á la puerta derecha: doña Guiomar que va delante, entra; doña Sol mira á la puerta del fondo, vé á don Fernando que llega mirando con alguna precaucion, se lanza á él, pero despues de haberle abrazado, se desprenda como temerosa de haber cometido una ligereza, indigna de su honor.)

Sol. Ah! Fernando!

ESCENA V.

Doña Sol, Don Fernando, *armado y con tabardo.*

Fer. Mi Sol! Qué felicidad!

Sol. Ah! Señor, perdonad; vuestra llegada
imprevista... el temor que en este sitio
os halláran tal vez, me han obligado
á faltar á mi honor.

Fer. Angel querido!
no te adora mi amor? No eres la dicha
á que anhelante con nobleza aspiro?
No eres mi bien, mi fé, mis esperanzas,
por qué le llamas á tu amor delito?
O no me adoras ya?

Sol. Si, si, Fernando.
Pero cómo llegar aqui has podido
sin que nadie te viera? Si te halláran,
si á encontrarte llegára don Rodrigo!..

Fer. Nada temas, mi bien, no me conoce.
Cansado de esperar, viendo perdido
el deseo tal vez de hablarte ahora
temiendo largas horas de martirio
sin decirte «te adoro,» me he resuelto
á subir á buscarte, confundido
entre la inmensa multitud que bulle
á la puerta feliz de este castillo.
No traia otro afan, otro deseo
que contemplar de cerca tus hechizos;
mirar la luz de tus radiantes ojos,
oir la seda crugir de tu vestido,
beber el aura que tu pecho exhala,
ver agitar tus ondulantes rizos,
cruzar junto á tu lado un solo instante,
decir: «te adoro» y partir tranquilo.

Sol. Es verdad? Tanto amor es mi delicia.
Ah! yo tambien te adoro, y al decirlo
ningun rubor á la mejilla asoma.
Pero, parte por Dios, yo te lo pido
por mi amor; por el tuyo, por el cielo
que es de nuestra pasion mudo testigo.
Si; pudieran venir, mi bien, y entonces
qué seria de mí, de ti, Dios mio!
al pensarlo no mas tiemblo azorada.

Fer. Si, partiré; mas antes es preciso
que sepa yo qué objeto tanta tropa
al redor de estos muros ha traido.
Van á alejarte por desgracia de ellos?
Va á dejar estos sitios don Rodrigo?
O aprestos son de guerra? Un temor vago
siento en mi corazon, no sè, bien mio,
por qué razon me estremeci al mirarlos;
será tal vez, hermosa, algun delirio
de la mente, es verdad; mas dudo y temo,
y calmar esta duda necesito.

Sol. Pues nada temas, no; de don Manrique
de Lara son las tropas que han venido;
yo no sé para qué, ni me me interesa
ni á ti tampoco.

Fer. Oh! De Lara has dicho?
Y que no me interesa? Ojalá fuese
verdad... Mas, dime, dime, ¿qué motivo
le trae á estos lugares?.. Pero calla;
no me lo digas, no, bien lo adivino.
Ocultármelo quieres, porque ignoras
cuanto me es ese nombre aborrecido.

Sol. Qué! Llegaste á saber?.. Temes acaso
que de este ardiente amor el fuego vivo
le llegára á estinguir la pompa vana
que rodea á Manrique? ¿Y has podido...
mas no; insensata! Sin razon me quejo:
no dudas, es verdad, de mi cariño?

Fer. Sol de mis ojos! ¿qué terrible arcano
penetro en tus palabras escondido?
Pretenderá tal vez...

Sol. Ah! solo fueron
de mi tutor, no mas, vanos caprichos.
Pero si yo te adoro, si en el alma
tan solo reinas tú, si no hay destino
mas feliz para mi que tus caricias,
nada debes temer.

Fer. Por qué has querido
ocultarme los pérfidos deseos
de tu infame tutor?

Sol. Por qué? Amor mio,
callártelo debi; decirlo fuera
atormentar tu corazon altivo.
¿Y á qué gastar en tristes relaciones
el tiempo que nos era tan preciso

para hablar del amor que en nuestros pechos
arde ya con el fuego mas activo?

FER. Si del tuyo algun tiempo se estinguiese
esa llama de amor porque deliro,
la muerte diera á mis amargos dias
horrible fin entre cruel martirio.

SOL. Esas dudas injustas me atormentan.
¿No te amo, cruel, sin que sabido
haya cual es tu estado, tus riquezas,
ni tu nombre siquiera? ¿Cuándo quiso
tu Sol ni adivinarlo solamente?
¿Aun exiges de mi mas sacrificio?

FER. Es verdad! Es verdad!.. Ah! soy un loco.
Perdona, angel hermoso, si he podido
un momento dudar de tu pureza,
de tu cándido amor. Mas ya es preciso
que rompa el velo que mi suerte encubre;
que sepas á quien amas; no es indigno
mi nombre de tu amor, es mi familia
de ilustre fama, si, mas tus oidos
van á escuchar un nombre que en la orilla
del claro Duero sus medrosos hijos,
sin mas razon que la de ser esclavos,
tal vez le escucharán estremecidos.
Si: cuantos pueblos desde aqui se alcanza
pertenecen de Lara al señorio,
y Lara y yo, sus gentes y las mias
somos encarnizados enemigos.

SOL. Qué, ¿serias tal vez? . (*con temor.*)

FER. ¡Un Castro.

SOL. Un Castro! (*pausa.*)

FER. Comprendes ahora bien por qué motivo
un año lo callé?.. Oh! cuantas veces
maldecido le habrás; en el recinto
de este fuerte mil veces espantada
al eco de mi nombre habrás corrido,
á guarecer tus delicadas formas
de tus amantes dueñas al abrigo.
Cuantas veces tus ojos de azabache
habrán llorado de temor, ¡Dios mio!
y yo era la causa, yo que te amo
mas que al sol, mas que al aire que respiro.
Ah! cómo no temer que en el momento
que mi nombre supieras, un desvio
me alejára de ti!

SOL. No! Antes de amarte
no temores, deseos he tenido
de conocerte sin saber la causa;
un afan interior que resistirlo
no era dado á mi pecho, y que esplicarlo
no he podido jamás. Nunca enemigo
me fuiste; ¿qué importaba ni que importa
á una muger el interés mezquino
que los hombres abrigan cuando tienen
helado el corazon, cuando un vacio
ella siente de amor, de amor tan solo
puro, constante, angelical, divino,
y colmado le ve sin que temores
pueda abrigar el corazon tranquilo?
No es verdad que me adoras? Que yo sola
soy de todas tus penas el alivio?
¿Que ninguna muger podrá robarme
ni la prueba menor de tu cariño?
Dimelo por piedad!

FER. Sol de mi vida,
tus ecos en mi pecho han encendido
un delirio de amor, nuevo, sublime,
que enagena de gloria mis sentidos.

SOL. Si, te adoro; mas parte; tengo miedo
hasta verte alejar de este recinto;
ahora mas que nunca, si el de Lara
llega á salir, Fernando; si aqui unidos
don Rodrigo nos viera. ¡Santos cielos!
Tiemblo toda por ti, tiemblo al decirlo.
Vienes solo, ¡si, si! te matarian...
Huye! huye por Dios!

FER. ¡En estos sitios
don Manrique se halla!.. Vengo solo!
es verdad... ¡y él te ama!.. atroz destino!

SOL. Otra duda! ¿es posible que asi temas
de quien pruebas te ha dado?..

FER. El cielo mismo
no puede responder de los mortales.
Júrame pues, ante ese Dios benigno,
amarme hasta la muerte; si perezco
un convento dará feliz asilo
á tu llanto de amor, y Cristo sea
tu esposo solamente.

SOL. Si! ¡Dios mio!
lo juro por la gloria de mis padres.

FER. Yo lo juro tambien; sea testigo
de nuestra boda el cielo, y recibamos
de Dios la bendicion; no es lazo impio
el que forma el amor y Dios consiente:
y del mundo las formas y atavios
ante la vista del Señor son nada.
Eres mi esposa ya, el cielo pio
maldiga pues al que rompiese el lazo
con que el amor mas puro nos ha unido.
Si el cielo nos proteje, antes que vuelva
el sol dos veces á alumbrar su giro,
de aqui te arrancaré, seguirme debes
lejos de estos lugares fementidos,
en donde todo á la ambicion sucumbe.
Estudia pues el medio mas sencillo
de alejarte de aqui, cuando mañana
en tu busca viniese con los mios.

SOL. Y no es mejor que don Rodrigo sepa
nuestro amor?

FER. Y pudiera consentirlo?
Ignoras que el horror mas acendrado
le anima contra mi? Si el aureo brillo
de Lara le cegó, ¿dudas que diera
por cortar mi cabeza, su castillo,
sus riquezas, su honor, cuanto mas caro
debe el hombre tener? No hay mas camino
para librarnos de su furia insana.

SOL. Y olvidaste que en su último suspiro
mi padre en él sus facultades todas
sobre mi le entregó? Fuera mas digno
de ti, de mi, nuestra pasion decirle,
rogarle, si mostrase empedernido
su corazon, te seguiria amante
donde el hado nos fuera mas propicio.

FER. Eres joven aun, y no conoces
cuanto puede en el hombre el escesivo
fuego de la ambicion: seguirme es fuerza
si no te he de perder.

SOL. Ah! siento ruido.
Por piedad! márchate!

FER. Júrame antes
que al fin me seguirás; lo necesito.

SOL. Fernando, por piedad!

FER. Ingrata! es esa
la pasion que me tienes? Oh! maldito,
maldito el hombre que en mugeres cree
si el premio es este que le dá el destino!....
Bien! Que vengan... (*con calma.*)

Sol. ¡Por Dios!
Fer. No!.. les espero...
Qué me importa la vida, si he perdido
lo que mas en el mundo idolatraba?
Me quedo.
Sol. No!.. te seguiré!
Fer. Ahora mismo.
Sol. Nos vamos á perder; ¿por dónde? Cómo?
Están todos los pasos obstruidos
por las tropas de Lara. ¡Quiera el cielo
que no seas por ellas conocido.
Fer. Mañana!..
Sol. Cuando quieras; pero ahora
(*interrumpiéndole:*)
Huye! huye, por Dios, yo te lo pido...
Van á venir...
(*esta escena debe ser muy agitada por parte de doña Sol.*)
Fer. ¡A Dios! (*abrazándola.*)
Sol. Y no te alejas
enojado, es verdad?
(*enternecida con el llanto del placer.*)
Fer. ¡Angel divino!
¿quién al mirar tus lágrimas hermosas
puede enojado estar? Llevo partido
de pena el corazon, porque te dejo:
pero antes que el lucero vespertino
tres veces brille en la celeste esfera,
juro por el amor que nos ha unido,
sacarte del poder de ese tirano
que á su ambicion sacrificarte quiso.
Sol. Ah!.. ya llegan!..
Fer. ¡A Dios!
Sol. A Dios! el cielo
de tu bien protector vaya contigo.
(Se abrazan y acompaña Sol á don Fernando hasta la puerta del foro; pero apenas ha desaparecido se presenta en la de la izquierda don Rodrigo.)

ESCENA VI.

Doña Sol, don Rodrigo.

Sol. Ah! Sois vos?
Rod. Adónde vas?
Sol. Señor...
Rod. Tus alhajas todas
dispon, que á efectuar tus bodas
á Soria esta noche irás.
Pretende Lara que sean
con tal pompa celebradas,
que fuegos y mascaradas
por todas partes se vean.
Y en la sortija y la caña
su valor puedan lucir
cuantos quisieren venir
de fuera y dentro de España.
Que un torneo celebrado
por él será mantenido,
llevando un premio lucido
el que le hubiere ganado;
y habrá de ser, segun creo,
lujosa banda encarnada,
y por tu mano entregada
como reina del torneo.
No habiendo fiesta que el arte
no adorne con su hermosura,
y la noble arquitectura
tendrá en ellas buena parte.
Que cien fuentes levantadas
serán con arcos triunfales
de corintios pedestales
bajo columnas istriadas:
juegos, músicas, trofeos
con bellas alegorías...
Sol. No son esas alegrias
las que anhelan mis deseos.
Rod. Qué decis? Cuando galana
cruces la corte, altanera,
entre todas la primera
irás alegre y ufana:
mil bellas envidiarán
el esplendor de tu cuna,
y al contemplar tu fortuna
tributo te rendirán.
Sol. Basta, señor, no sigais
tan penosa relacion;
no ama á Lara el corazon
y en vano, en vano os cansais
Rod. Tal vez te atreviste á amar
á otro sin mi permiso?
Sol. Sabedlo: sí, ya es preciso:
amo, ¿á qué lo he de negar?
Rod. Qué es lo que acabo de oir?
Decid, pues, ¿á quién amais?
Sol. En vano me preguntais
lo que no puedo decir.
Rod. Sol, olvidas que ya soy
tu padre, y debo casarte
con quien no pueda amenguarte
la honra que yo te doy?
La voluntad de tu padre
en la tierra represento,
y has de darla cumplimiento,
aunque á tu antojo no cuadre.
Sol. Imposible! Oh! jamás
él obligado me hubiera.
Rod. En vano resistir fuera.
Esta noche á Soria vas.
Guiomar? (*llamando.*)
Sol. Un momento oid:
escuchadme.
Rod. No! Es en vano:
que ya ofrecí vuestra mano
tan solamente advertid.
Guio. Señor? (*saliendo.*)
Rod. Esta noche á Soria (*á Guiomar.*)
hemos de marchar los tres:
es asunto de interés,
no lo echeis de la memoria.
Sol. Piedad!
Rod. (*á Sol.*) Silencio!—Tendreis (*á Guiomar.*)
todo á las doce dispuesto,
porque sin ningun pretesto
de ello vos me respondeis.
Guio. Está bien... Salida rara! (*ap. yéndose.*)
Sol. Mirad, señor lo que haceis.
Rod. Mañana esposa sereis
de don Manrique de Lara.
(*doña Sol queda abismada de dolor. Don Rodrigo se va por la puerta de la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

(Salon elegante adornado con lujo al estilo de la época: puerta á la derecha, otra á la izquierda, otra al fondo.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO ALMEJIR, GONZALO MARAÑON.

GON. Y qué os parece, Almejir,
de tan lujosa funcion?
ALM. Qué quereis que me parezca?
Que no es tiempo, vive Dios,
de pensar en bodas ahora.
GON. A fé que teneis razon.
ALM. Cuando amagada Castilla
está de una guerra atroz,
sin tropas que la defiendan
de las huestes de Leon,
es vergonzoso que Lara
la abandone á su dolor.
Pobre patria! Cuando el lujo
aqui se despliega hoy
con todos sus atractivos,
ella gime, y á la voz
de don Fernando se humillan
los pueblos de mas valor.
Aqui se inventan placeres,
se gastan con profusion
riquezas.
GON. Si; pero todo
lo merece doña Sol,
que es por cierto tan hermosa
como un angel.
ALM. Si es ó no
hermosa nada le importa
á Castilla.
GON. Ignorais vos
que se han convocado cortes,
y que hasta su reunion
ya nada se puede hacer?
ALM. Si, Lara las convocó;
¿para qué? para entregar
el rey niño á la ambicion
de su tio.
GON. Delirais?
ALM. No, Gonzalo.
GON. Por quien soy
que no dejará Castilla
que asi empañen su blason...
Si fuera verdad...
ALM. Qué hariais?
GON. Almejir... ¿Qué haria?.. Oh!
no lo sé;... pero antes quiero
de Castilla al mas traidor,
que al mas bueno de otra parte
para que me mande.
ALM. Yo
estoy por lo mismo... Escucha:
¿quieres ayudarme hoy
á ejecutar un proyecto?
GON. Para qué?
ALM. Di, si ó no.
GON. Pero hombre...
ALM. Solo se trata
del bien de Castilla.
GON. Estoy
pronto á cuanto se me mande,
si es para eso.
ALM. Corrió
Lara ser cosa imposible
la defensa, y esta voz
tiene alarmadas las cortes;
y es posible, voto al sol,
que venga á ser un estraño
de nuestro rey el tutor,
y como á estraños nos mande.
Dicen que el rey de Leon
á Soria llega esta noche.
GON. Malo, muy malo, por Dios;
estoy viendo que es verdad
lo que me decis.
ALM. Pues no!
quieres ayudarme?
GON. A qué?
ALM. A robar al rey.
GON. Señor! (*santiguándose.*)
Estáis loco?
ALM. Quieres mas
ser de estrangeros baldon?
GON. Eso no, voto á mil diablos.
ALM. Pues bien, si Lara perdió
su valor, y se acobarda
en tan critica ocasion,
Fernando de Castro tiene
mucho prestigio y valor.
GON. En verdad, no le conozco;
pero la fama corrió
tan malas noticias de él ..
ALM. La fama... la fama... Son
sus contrarios... Pero en fin,
en tan estremo dolor,
tan solo tiene Castilla
dos caminos: de Leon
ser esclava, ó confiarse
en la palabra de honor
de uno de sus hijos.
GON. Bueno;
yo pondré en ejecucion
cuanto me digais?
ALM. Pues mira;
busca, sin ningun rumor,
cuatro hombres de...
GON. Comprendido.
ALM. Y en el primer callejon
de la plaza esperarás.
Que á ninguno de los dos
nos han de conocer. ¿Oyes?
Encubierto buscalos:
que dando el oro la cara
es bastante.
GON. Pero vos,
como os pusisteis con Castro
en tan seria relacion?
ALM. Y qué te importa saberlo,
si casos de tal valor,
poco mas ó poco menos,
de iguales maneras son...
Escucha: juremos antes
que si el golpe desgració
algun contrario suceso,
y uno de nosotros dos
cayera preso, no sirva
ni el tormento mas atroz
para hacerle que declare
cosa alguna, y con ardor
siga el otro hasta salvar

del intento de Leon,
nuestro rey y nuestra patria.
GON. Si; lo juro por mi honor.
ALM. Y yo... mas vamos, que viene
á este sitio doña Sol.

(Se dirigen á la puerta del foro donde aparecen doña Sol y Guiomar, se paran, las saludan y se van. Doña Sol viene como abrumada de un pesar y enteramente distraida se dirige al primer término y se sienta.)

ESCENA II.

DOÑA SOL, GUIOMAR.

SOL. Terrible suerte la mia!
Aun creo escuchar su voz
resonando en mis oidos.
¡*Venganza*! ¿Qué le hice yo
para que asi desgarrára
mi llagado corazon!
No le amo mas que á mi vida?
¡Ingrato!
GUIO. Válgame Dios!
Es necesario en verdad
estar loco, doña Sol,
para asi comprometerse
y daros tal pena á vos.
Presentarse en el torneo
contra Lara; por quien soy
que está loco rematado;
si... le falta la razon.
Cuando leí en el escudo:
«*Vengo á lidiar por su amor*»
Virgen santa! me entró un miedo....
aun le siento. Mas que el Sol
lanzaba rayos su espada.
No vi jamás campeon
lidiando con tanto brio;
y cuando á Lara venció,
no podia contener
don Rodrigo su furor.
SOL. Ah! no le habrá conocido!
por piedad! dime que no!
GUIO. Qué no? Si apenas hay uno
de cuantos en la funcion
se han hallado, que no sepa
á estas horas que lidió
por vos: pues si lo decia
á voz en grito su ardor,
y el mote que en el escudo
llevaba.
SOL. Mas, pronunció
alguno su nombre? Dí.
GUIO. Es caballero español,
dijo don Rodrigo, y algo
mas que el premio al vencedor
le trae á lidiar.
SOL. Dios mio!
GUIO. Cuando las gradas subió
á tomar la que le disteis
banda de rojo color,
don Rodrigo con afan
muchas veces le miró;
pero en valde, porque nada
el ojo mas avizor
tras de la espesa celada
descubriria.
SOL. Su voz,
al recibir de mis manos
la banda, Guiomar, hirió
mis oidos repitiendo:
«Venganza! Venganza!» Oh Dios!
¿Qué le hice para que asi
me acusára?
GUIO. Si? Pues yo
creo que quien vá á tomar
la venganza es mi señor.
SOL. Qué dices? (*levantándose.*)
GUIO. Se me figura
que á Jimenez le mandó
que siguiera á vuestro amante
y no con buena intencion.
SOL. Guiomar, y será posible
que quebrante del honor
la mas sagrada palabra
don Rodrigo?
GUIO. Qué sé yo?
SOL. La ley ampara este dia
al enemigo mayor
GUIO. Es verdad; pero...
SOL. Dios mio!
Pretendes sin compasion
atormentarme, Guiomar?
GUIO. Yo?
SOL. Dime que se salvó,
que en vano le ha perseguido
la saña de mi tutor,
que lejos de aqui, pensando
está solo en mi pasion,
y que nuestro amor proteje
el cielo que lo creó.
GUIO. Aqui viene don Rodrigo...
ampárenos el Señor.
ROD. Doña Guiomar, despejad;
cuidad de que nadie venga.
GUIO. Bien, señor. El cielo tenga
de doña Sol caridad. (*yendose.*)

ESCENA III.

DOÑA SOL, DON RODRIGO.

ROD. Llegó la hora de dar
tu mano á Lara, y espero
ver ese rostro hechicero
alegre al pie del altar.
SOL. Señor...
ROD. Te comprendo. Adoras
(*interrumpiéndole.*)
á otro hombre con un amor
loco, si, y en tu dolor
sin respeto alguno lloras.
Cuando la banda entregabas
al vencedor del torneo,
si bien á mi vista creo,
me pareció que temblabas.
No sé que palabra oí
cuando inclinó la rodilla,
y por tu faz amarilla
una lágrima adverti.
Loca estás de amor por él,
y en verdad que lo merece,
porque sin duda parece
arrogante el buen doncel.
Valiente? Quién lo dudára
despues de haber contemplado
cual venció su brazo airado
en el torneo al de Lara?
¿Y quién sin ese valor
á tanto se atreveria,
contra quien es en el dia

de todo un reino señor,
y cuyo brazo jamás
llegó á vencer otro alguno...?
Tal vez te soy importuno,
pero no lo seré mas.
Quiero decirte con esto,
que comprendo la razon
porque el valiente campeon
se alejó de aqui tan presto:
que su pasion insensata
con celos valor le dió...
no te los mereces, oh!
Sin razon te juzgó ingrata.

SOL. Señor!..

ROD. Si pudiera verte
por él en cruda agonia,
con razon te adoraria
en lugar de aborrecerte.

SOL. Don Rodrigo! ¿qué intencion
tamaño sarcasmo encierra?
Quién os ha dado en la tierra
derecho á mi corazon?
Respeto como es debido
la voluntad de mi padre;
mas no porque á vos os cuadre
daré mi ser al olvido.
No para angustiar mi pecho
ni con sarcasmo insultarme;
solo para aconsejarme
os dió mi padre derecho.
Si quisisteis á un capricho
sacrificarme tirano,
inútil fué, no es mi mano
para Lara, ya os lo he dicho.

ROD. En tan loca obstinacion
insistis? No cambiareis
de idea?

SOL. Siempre obtendreis
la misma contestacion.

ROD. Parece que confiais
en la suerte demasiado;
pero oidme con cuidado,
y veremos si cambiais
de pensamiento.

SOL. Jamás!

ROD. Pues yo jurára que si,
que á ser lo contrario, aqui
no os hablaria quizás.
Hubierais mal vuestro grado
sido conducida al ara,
y á don Manrique de Lara
le hubierais dado la mano.
Pero juzgo mas prudente
que lo hagais por vuestro gusto,
porque me parece injusto
obligaros torpemente.

SOL. No sé que encubierta hiel
en vuestras palabras veo.

ROD. Solo envuelven el deseo
mas sano y menos cruel.

SOL. En fin, qué quereis de mi?
Cuanto antes acabemos.

ROD. A ver si nos entendemos.
Oh! me parece que si.
No hay duda que fué discreto
vuestro amante en ocultar
su rostro; debió llevar
en ello sagrado objeto:
y en verdad lo consiguió,
que fuera empresa arriesgada,
descubrir trás la celada
el rostro que se ocultó.
Recibió de vuestra mano
el premio á su fé constante,
y desapareció al instante
sobre su potro lozano.
En valde el pueblo pidió
que el rostro se descubriera,
se caló mas la visera
y á toda rienda escapó;
por eso vos le juzgais
libre de venganza alguna,
y con audacia importuna
á mi deseo os negais.
Pero si mas advertido
otro hubiera sido ya,
y el sitio por dónde vá
le tubiera bien cogido?

SOL. Vos, tal vez... mas, no: quereis
atormentar mi deseo,
porque la ley del torneo
le ampara, bien lo sabeis.

ROD. Hay casos escepcionales
que no previenen las leyes,
y el buen juicio de los Reyes
es la ley en casos tales.
Por eso dicen que el Rey
muchas veces, sin recelo,
puede cubrir con un velo
las estátuas de la ley,
Este es caso escepcional,
Lara el gefe del Estado...
y... dejo á vuestro cuidado
adivinar el final.

SOL. Tal infamia no es creible
en un pecho castellano,
y que sea tan villano
don Manrique no es posible.
Ah! Confúndale el abismo
si tal infamia pensó...
pero no es posible.. no!

ROD. Lo apoyará, que es lo mismo.

SOL. Traidor! Si! vos habeis sido...
pero no se logrará
vuestro deseo.

ROD. Y si ya
le hubieran aqui traido?

SOL. No! mentis! Con vil engaño
me quereis atormentar.

ROD. Si os empeñais en dudar
tal vez sea en vuestro daño.
Mas, ¿si encerrado estubiera
en una prision oscura,
donde en su horrible amargura
ni la luz del cielo viera?
En una de esas prisiones,
donde se ahoga hasta el eco
que se recoge en el hueco
de sombrios murallones?

SOL. Por piedad!

ROD. No he concluido.
En una prision decia,
donde apenas muere el dia,
baja el verdugo seguido
de un sacerdote.

SOL. Callad!

ROD. Reza el padre en triste calma
y se escucha el ¡*ay*! de un alma

que pasa á la eternidad.
SOL. No! no! no puedo creer
tan infame accion en vos,
ni puede ayudaros Dios
contra una débil muger.
Piedad!
ROD Qué, ¿tanto le amais?
SOL. Mas que á mi vida, señor,
y nada, nada este amor
apagará.
ROD. Delirais.
Si, con el tiempo, quizás
tambien amareis á Lara.
SOL. Si la vida me costára...
amar á otro! ¡jamás!
ROD. Bien! Su muerte sin demora,
puesto que asi lo quereis;
y á nadie la culpa echeis
que vos le matais, señora.
SOL. No! no! un momento esperad.
(*don Rodrigo se detiene y la mira con intencion. Doña Sol cae de rodillas à sus pies.*)
Disponed de mi, señor,
y aunque muera de dolor
haré vuestra voluntad.
ROD. Ah! no esperaba yo menos (*la levanta.*)
de quien siempre obedeció
á su padre, y por mi vió
correr sus dias serenos. (*Sol llora.*)
Vamos, Sol, calma ese afan,
tiende de ambicion las alas,
y adornate con las galas
que ya dispuestas están.
Con ansia Manrique espera,
y el altar ya preparado
está, deja ese cuidado
que el corazon te lacera.
SOL. Una palabra, señor,
exijo de vos no mas.
ROD. La alcanzo; libre tendrás
al objeto de tu amor.
Si cayera en mi poder (*ap.*)
oh, la muerte le daria.
Deja esa melancolia, (*alto á ella.*)
que alegre te quiero ver.
SOL. Estoy alegre, señor.
No es verdad que al fin podré
olvidarle, y que amaré
á Lara con ciego amor?
Si, si, dejadle marchar
lejos, muy lejos de aqui,
y ya vereis como asi
de él no me vuelvo á acordar.
Curan ausencia y razon
los males de amor. Salid,
y mis bodas prevenid
con lujo y ostentacion.
Quiero lucir orgullosa
de mi belleza el primor,
inspirando á Lara amor.
¿No es verdad que soy hermosa?
Y mi belleza queria
á un hombre oscuro entregar,
sin conocido solar
y de ignorada hidalguia...
Porque nunca, ¿lo creeis?
me dijo su calidad...
Y vos, señor, no es verdad
que tampoco lo sabeis?
ROD. No, Sol; pero ya que está
en mi poder, la sabré.
SOL. Ah! dejadlo, ¿para qué,
señor?.. Qué os importa ya?
Tal vez seria mayor
mi sentimiento si fuera
un hidalguillo cualquiera
sin blasones, sin honor.
Hacedle al punto marchar
de tan cercana prision,
y de su loca pasion
no me volveré á acordar.
¿No es cierto que loca fui
cuando tan ciega le amé?
Dios mio! (*ap.*)
(Esta falsa indiferencia de Sol al hablar de Castro y el coquetismo fingido al hablar de Lara, unido al estado desgarrador de su corazon, requieren una ejecucion esmerada, por depender de la actriz toda la dificil espresion de estos afectos.
ROD. Yo le pondré
hoy mismo lejos de aqui.
Guiomar? La podeis vestir,
(*á Guiomar que sale.*)
de boda, corona y velo. (*vase Guiomar.*)
SOL. En tan triste desconsuelo (*ap.*)
solo me resta morir.
ROD. Seré de Lara privado (*ap.*)
y en Castilla mandaré. (*vase.*)
(Doña Sol se dirige vacilante á un sillon, se apoya en uno de sus brazos; tiende la vista como por acaso à la puerta por donde marchó don Rodrigo, que será la izquierda, y se deja caer por fin en el sillon.)
SOL. No puedo mas!.. Ya se fué.
Amor! amor desgraciado!

ESCENA IV.

DOÑA SOL, DOÑA GUIOMAR *seguida de algunas damas: en azafates traen una un velo blanco, otra una corona nupcial y otra collar, brazaletes etc.*)

GUIO. Vaya, poned con cuidado
sobre la mesa las galas,
y dejadnos, que yo sola
puedo vestirla. (*las damas lo hacen y se van.*)
Me pasma
cuanto aqui sucede; al fin
os casais?
(*empieza á ponerla las galas de boda.*)
SOL. Si.
GUIO. Virgen santa!
Con don Manrique?
SOL. Si.
GUIO. Apenas
puedo creer tal mudanza!
Es posible que os caseis
con don Manrique de Lara?
¿Tan pronto habeis olvidado
aquel amor que abrasaba
vuestro corazon por otro?
SOL. No, Guiomar, dentro del alma
mas fuerte le siento ahora...
pero soy muy desgraciada.
Ciertos fueron tus recelos.
GUIO. Cómo?
SOL. Apenas se alejaba
don Fernando del torneo,
cuando en oculta emboscada
fué preso por don Rodrigo:
y esta boda... Boda infausta!

me ha impuesto por condicion,
si la libertad le daba.
Soy muy infeliz, Guiomar.
GUIO. Se dará mayor infamia?
Si siempre lo dige yo;
tiene de traidor la cara.
Si por vos no hubiera sido,
tiempo hace que de su casa
me hubiera marchado ya.
Si; pero me daba lástima
dejaros, tan inocente,
á su furor entregada:
nos trata como á sus perros,
y como á esclavos nos manda...
Jesus, que mal!.. está visto,
tiemblo, señora, de rabia,
y todo lo echo á perder...
La corona está sin gracia...
el velo todo arrugado...
el collar sin elegancia...
los brazaletes torcidos...
hasta, si ya no me engaña
la vista, me pareceis,
mas bien que una desposada,
vuestro sombrio cadáver
envuelto en una mortaja.
SOL. Te engañas, Guiomar, estoy
(*con risa forzada.*)
mas hermosa y mas galana
que nunca. Se me figura
que mas el carmin esmalta
mis megillas, ¿no es verdad
que estoy hermosa?
(*vuelve la vista al espejo que está á la izquierda próximo al sillon donde está sentada.*)
GUIO. Pues vaya,
si os empeñais será cierto.
Al fin parará en gustarla (*ap.*)
el figurar, como á todas,
mientras el otro...
SOL. Despacha;
ya está bien, quiero estar sola,
déjame.
GUIO. No teneis nada
que mandarme?
SOL. No, Guiomar...
Adios.
GUIO. El os dé su gracia.
No sé, por Dios, que pensar (*ap.*)
de tan misteriosa calma:
quiera el cielo que no sea
anuncio de una borrasca. (*vase.*)

ESCENA V.

DOÑA SOL, *á poco* DON MANRIQUE.

SOL. Enemiga suerte mia,
qué te hizo esta desgraciada
para que asi despiadada
te muestres con ella impia?
¿Por qué en su negro vivir
tan dura te has de mostrar,
que no la quieras dejar
mas consuelo que morir?
MAN. Señora?
SOL. Don Manrique! (*levantándose.*)
MAN. Apenas creo
lo que acabo de oir. ¿Será, bien mio,
un engaño fatal á mi deseo
el casto amor en que feliz confio?
Será cierto que soy el venturoso
mortal á quien amais?
SOL. Ah! tal pregunta
rechaza el pensamiento doloroso
de engañaros, señor; mi vida junta
no puede con la vuestra en un camino
marchar jamás: un voto mas sagrado
enlazó con otro hombre mi destino,
y el cielo nuestros votos ha escuchado.
MAN. Qué decis, doña Sol? Qué significa
ese lenguage en vos? Ah! lo comprendo,
harto por fin vuestra pasion esplica
mi desgracia cruel: valor tremendo
le dió ese amor, con que la ardiente espada
sobre mi descargó: ¡ni como fuera
nunca! nunca! su suerte afortunada
si el amor sus encantos no le diera?
Vuestro amor me venció, y á vos os debe
la roja banda que adornó su pecho.
Mi tormento, señora, es que la lleve
de vuestro amor divino satisfecho.
SOL. Yo no he dicho, señor, quien es el dueño
de mi amor; nada puede ya importaros
ni saberlo querais con vano empeño:
qué mas quereis saber, que nunca amaros
podrá mi corazon?
MAN. Y ¿cómo ahora
don Rodrigo afirmó...
SOL. Yo la culpada
he sido nada mas, yo que traidora
mi pasion le oculté. ¡Oh! nada, nada,
debeis de él sospechar, esto es lo cierto
y espero lo creais.
MAN. No! por mi vida.
SOL. Ah! no debeis dudarlo.
MAN. Si, que advierto,
en vuestro noble afan, que fué mentida
la palabra que ahora don Rodrigo
de vuestro amor me dió.
SOL. Creeis?..
MAN. En vano
lo quereis ocultar; es buen testigo
ese temor por él· mas no villano
nació mi corazon, ni ruin venganza
jamás mi pecho alimentó en mal hora.
Si a vuestro amor mi corazon no alcanza,
sed dichosa sin mi... sedlo, señora.
SOL. Tanta bondad, señor! Dejad que bese
vuestras plantas de gozo enagenada.
MAN. Doña Sol, levantad... El cielo pese
en su justa balanza acrisolada
tal sacrificio, á mi pasion terrible.
Mas sepa al menos á quien tanto cedo.
SOL. Jamás lo pretendais: es imposible:
secreto es que por mi romper no puedo.
MAN. Cómo? Será posible que, olvidada
de su alta cuna, doña Sol se vea
de un oscuro mortal apasionada?
SOL. Nunca, señor, por mi desgracia sea.
Es noble como vos; jamás su escudo
mancha alguna empañó.
MAN. Pues que misterio
con tal velo ocultar su nombre pudo?
No os comprendo, por Dios; pero harto serio
debe ser el motivo que os obliga
á callarlo tenaz?.. ¡Saberlo quiero!
SOL. Pues no espereis jamás que yo os lo diga.
MAN. Lo sabré por quien soy, asi lo espero.

Si un enemigo de mi patria fuera,
creedme, doña Sol, porque os adoro
jamás en esa boda consintiera.
SOL. Manrique, por piedad!
MAN. Harto ese lloro
la verdad declaró! Comprendo ahora
por qué razon con sin igual porfia
la celada cubrió su faz traidora;
vive Dios, Doña Sol, que fué osadía
en Soria penetrar, y en el torneo
con un Lara reñir. Algun malvado
será, si, de Leon, cuyo deseo
tan solo en abatirme está cifrado.
¿No les basta, por Dios, en cruda guerra
envolver mi Castilla á esos traidores,
quemar mis pueblos y talar mi tierra
que aun pretenden robarme mis amores?
(*Castro aparece en la puerta y se detiene.*)
Mas si otra vez con esperanza loca,
sea por vuestro amor, sea por gusto,
(*Castro se adelanta sin ser visto y se coloca detrás de ellos.*)
asi atrevido mi furor provoca,
quién es he de saber.
CAS. (*manifestándose.*) Nada mas justo.

ESCENA VI.

MANRIQUE, DOÑA SOL, CASTRO, *armado de punta en blanco y con la banda; la visera calada.*

SOL. Ah!
MAN. Qué veo? Es un delirio
de la mente engañadora?
SOL. Huid, huid! (*á Castro.*)
CAS. No, traidora;
gozar quiero en tu martirio.
SOL. Infeliz!
CAS. No es de tu mente (*á Manrique.*)
un leve sueño fatal,
no! tienes á tu rival
en tu presencia.
MAN. Imprudente!
Tu mismo te has entregado
á mi venganza.
SOL. Señor,
marchad ¡si! por el amor
de un corazon desgarrado.
CAS. Silencio!
SOL. Ah!
CAS. Estais hermosa.
MAN. Ese rostro despejad,
insolente, y respetad
á la que vá á ser mi esposa.
CAS. Vuestra esposa!.. es cierto... si...
(*la mira como en éxtasis de desesperacion.*)
las galas de boda son,
nunca en mi ardiente pasion
tan hechicera la vi.
Alegres sus ojos bellos,
desarrugada su frente,
y ricas perlas de oriente
adornando sus cabellos:
corona y velo nupcial
cubren su hermosa cabeza,
y dá esmalte á la belleza
de su rostro angelical...
Qué hermosa! Qué hermosa! oh!
el rostro de un serafin; (*con risa sardónica.*)
pero muger es al fin
y en sus amores mintió.
SOL. Castro!
CAS. Disfrutad en calma
de las bodas el solaz.
SOL. Cielos! (*ap.*)
CAS. Dicen que la faz
es el espejo del alma;
pero mucho se engañára
quien eso de vos creyera.
teneis corazon de fiera
aunque de virgen la cara.
MAN. Villano!
CAS. Villano, eh? (*con calma.*)
me dais lástima.
MAN. (*en ademan de salir tambien.*) Salid.
CAS. No! (*calma.*)
MAN. O el rostro descubrid.
CAS. Descubrirme, ¿para qué?
MAN. Estais loco, y vive Dios,
si no os quereis descubrir,
que os haga cuerdo salir.
CAS. Loco yo?.. no! loco vos
Manrique, que sin recelo
habeis llegado á creer
amor en una muger.
MAN. Insensato! (*echa mano á la espada.*)
CAS. Vive el cielo (*cogiéndole del brazo.*)
que nunca os creí asesino:
dejad, Manrique la espada,
que estar la mia guardada
en la vaina es su destino.
Si sois valiente, mandad
que nos dejen solos.
SOL. No;
debo estar presente yo;
quiero estarlo.
MAN. (*en tono de súplica á Sol.*) Despejad.
SOL. Nunca!
MAN, Lo haceis, ó su muerte
(*bajo á Sol á cuyo lado está ya.*)
es segura: una voz mia,
aqui la guardia traeria:
elegid.
SOL. Horrible suerte! (*cediendo.*)
(Sol se cubre el rostro: Manrique la toma de la mano y la conduce hasta la puerta izquierda, la cual cierra despues de haber entrado doña Sol, que abismada en su dolor se deja conducir maquinalmente. Castro se cruza de brazos, los sigue con la vista y dice:)
CAS. Hermosa ingrata!

ESCENA VII.

Dichos menos DOÑA SOL.

MAN. Al fin estamos solos:
Descubrid. Santos cielos! no me engaña
(*al reconocer á Castro que se ha descubierto.*)
la ilusion? Es un sueño de la muerte?
CAS. Es la imprevista realidad amarga.
MAN. Qué, Fernando de Castro! Mi enemigo
se atreve á amar á doña Sol?
CAS. (*con furor.*) Oh! Calla!
no pronuncien tus labios ese nombre.
Si pude en su presencia, aqui en el alma
sofocar la pasion que me devora,
si pude con desprecio contemplarla,
fué orgullo nada mas, orgullo solo,
que, lento, el corazon me desgarraba,
pues fuera mengua envanecer el suyo

con un amor que despreció tirana ..
Pero sábelo, si, mas que á mi vida
la quiero aun; su imágen adorada
borrarla ya del corazon no puedo...
Es tan hermosa!..
MAN. Miserable! basta!
tened la lengua, ó por quien soy.
CAS. No temas,
no temas, no, que con incierta planta
al mirarla vacile, ni la escuche
con el temor del corazon que ama;
el amor de mi mismo ultrajaria
y no lo haré... ¿Te dije que la amaba?
¿que la adoro? he mentido... si... es incierto,
incierto... solo debo... despreciarla.
MAN. Despreciarla!
CAS. Pero ¡ay! de aquel que intente
su hermosura gozar! Pulverizára
su ser entre mis manos. La aborrezco,
pero libre no está mientras que lata
mi ardiente corazon, ¡no! ¿lo has oido?
No lo olvides jamás.
MAN. Veo que os falta
la razon, y por ello os compadezco,
y os perdono tal vez audacia tanta.
Estais loco.
CAS. Yo loco?.. Ser pudiera;
pero no, por el cielo que te engañas;
estoy tranquilo, con razon me siento,
y probarlo pudiera con mi espada.
MAN. Locura grande por mi parte fuera
esponer á Castilla y su monarca
á un voluble revés de la fortuna
cuando seguro en mi poder te hallas.
Ya no mas de estos sitios salir pienses,
el cielo te ha entregado á mi venganza.
CAS. No temas que resista, acaso antes
de pisar el lugar que me preparas
(como recordando una idea.)
se cambie tu destino, y yo te vea
sin poder, arrastrándote á mis plantas.
MAN. Tu imprudente locura compadezco.
CAS. Ignoras que ya sé la horrible trama
con que al rey de Leon entregar quieres
al rey niño, dejando abandonada
al Leonés la suerte de Castilla?
Si: pretendes, las cortes convocadas,
que á tu antojo se vendan, olvidando
de sus deberes la mision sagrada...
¿Crees ahora en mi locura?
MAN. Cielos!
CAS. Te estremeces!
MAN. De qué?.. yo?..
CAS. Te acobarda
el crimen, lo estoy viendo: en vano quieres
aparentar serenidad y calma.
MAN. Olvidas dónde estas? Sabes que puedo
ahogar tu infame aliento en la garganta
con solo una voz mia?
CAS. No lo olvido:
pero estamos palabra por palabra,
ligados mútuamente.
MAN. Yo contigo!
CAS. No estraño que lo olvides; mas repara
que puede una voz mia solamente
llenar tu nombre de baldon é infamia,
y llamar sobre ti, cual rayo airado,
el ódio de Castilla.
MAN. Y no reparas
á tu vez, que, cerrado en mi palacio
tu voz no pasará de las murallas
de oscuro calabozo, donde solo
la muerte esperarás, lenta, pesada?
CAS. Y dudas tú que alguno saber puede
el secreto por mi, y de la venganza
se encargará constante? Que la suerte
puede hacer que se cambie la jugada,
y en lugar de pasar á don Fernando
de Leon, el rey niño, á manos vaya
de Fernando de Castro?
MAN. Miserable!
aun se atreve tu estúpida arrogancia
á insultar mi poder? Pues bien, veamos
quien vence de los dos.
CAS. Veamos. *(con desden.)*
MAN. Guardias!
CAS. Oh! no haré resistencia, te lo juro
por la fé de mi honor y mis palabras.
(salen los guardias.)
MAN. Prended á ese traidor.
CAS. Sabeis, Manrique,
que no lo fui jamás. Tomad mi espada.
(al capitan.
MAN. Esa calma! Dios mio! me estremezco!
al pensar que pudiera alguna infamia
arrebatarme el rey... *(ruido dentro.)*
(con temor.) Qué ruido es ese?

ESCENA VIII.

Los mismos, DON RODRIGO, *agitado*.

MAN. Rodrigo! Qué traeis? Desencajada
la faz mostrais. Decid.
(Castro escucha con interés.)
ROD. Hace un instante
que pasando del rey junto á la estancia
grande ruido escuché; corrí al momento
y ví los centinelas que luchaban
con seis hombres; en vano resistian
al impetu feroz de unas espadas
á la traicion mas infernal vendidas;
perdido su valor, casi agotadas
las fuerzas, el terreno abandonaron
con su sangre teñido...
MAN. *(con la mayor ansiedad.)* Pronto! acaba!
Qué objeto les condujo á esos villanos
á tal accion?
ROD. Robar al rey.
MAN. *(con asombro.)* Quesada!
Estais cierto?
CAS. *(ap.)* Qué angustia!
MAN. Pronto, dime,
su infame intento han conseguido?
ROD. Gracias
á mi fé, no señor.
MAN. Ah!
CAS. *(ap.)* Soy perdido!
MAN. Está bien. Pues conozco de la trama
el autor miserable, don Rodrigo,
os entrego ese preso; vigilancia
necesita, lo ois?
ROD. *(como asombrado al ver á Castro.)*
Qué miro! el cielo
le entrega á mi furor.
(asoma á sus labios una sonrisa de infernal satisfaccion.)
MAN. Sabreis mañana
lo que de él se ha de hacer.

Rod. Estad seguro.
Man. En la estancia del rey, doblad la guardia.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Subterráneo gótico con arcos que se pierden á la derecha é izquierda y en el fondo. La perspectiva de los del fondo, termina en una puerta de dos hojas que es la de salida. Puertas á derecha é izquierda que dan á los calabozos. Al levantarse el telon se oye abrir con llave la puerta del fondo y salen por ella Almejir y el Alcaide. Una lámpara colgada en el medio del teatro, alumbra débilmente el primer término.

ESCENA PRIMERA.

Almejir, el Alcaide.

Alc. Daos prisa; yo estaré
cuidando que nadie pase.
Pero por Dios os encargo
el silencio; pues si sabe
don Rodrigo que os dejé
hablar con el preso, nadie
puede adivinar su ira.
Alm. No tienes oro bastante
con eso para estorbar
su venganza?
Alc. Dios me ampare!
Huir de aqui? Ni por pienso.
Y mis hijos? Y su madre?
Alm. Buen remedio, llévalos.
Alc. Sin cruzar la última calle
de Soria, fuéramos víctimas
de la venganza implacable
de don Rodrigo; os lo he dicho,
aqui vendrá el preso, habladle
cuanto querais; pero nunca
penseis que llegue á dejarle
salir de esa puerta. (*por la del foro.*)
Alm. Bien.
Date prisa que es ya tarde.
Alc. Y para mi mucho mas;
tengo un miedo...
Alm. Vamos, abre.
(*el alcaide abre la puerta derecha, por la que desaparece un momento y vuelve á salir con Castro.*)
Está visto, es imposible
el convencer á este Alcaide;
tal es el miedo que tiene
á don Rodrigo... Ya salen.

ESCENA II.

Almejir, Castro, el Alcaide.

Cas. Almejir! ah! por quien soy
que mucho temí por vos;
pero ya que os libró Dios
la enhorabuena me doy.
Supongo que no vendreis
como yo estoy.
Alm. Preso no.
Otra causa me guió
que al momento la sabreis.
Cuidad vos si alguno viene (*al alcaide.*)
y avisad en el instante.
Alc. Seré activo vigilante,
por la cuenta que me tiene. (*vase.*)

ESCENA III.

Castro, Almejir.

Alm. Por fin podemos hablar
para entendernos, señor,
que asi podremos mejor
nuestro asunto ventilar.
Y tal vez, cual lo deseo,
nos ayudará Dios hoy.
Cas. Tan desventurado soy
que ya en la dicha no creo.
Alm. Yo si, señor, y esta es
la razon porque he venido.
En verdad que hemos sufrido
de la fortuna un revés
harto fatal; mas pudiera
remediarse todavia,
y en nuestro abono seria.
Cas. No alcanzo de qué manera.
¿No han preso á alguno?
Alm. Si tal;
Gonzalo preso quedó
con los cuatro que llevó...
Cas. Y eso, Almejir, no es un mal?
Si declaran que tú has sido
el autor del atentado...
Alm. Eso no me dá cuidado,
que es Gonzalo hombre cumplido
en todo, y juró callar
mi nombre.
Cas. Tendrá valor?
Alm. Sé que el tormento mayor
no pudiera hacerle hablar.
Cas. Y los otros?
Alm. Nos servian
por el oro solamente,
que no fuera obrar prudente
si nuestros nombres sabian.
Cas. Comprendo y alabo el modo
con que me sirve tu celo.
Alm. Don Fernando, sabe el cielo (*con dignidad.*)
que á servir no me acomodo
á un hombre, que eso me humilla,
y, si el fin os interesa,
no olvideis que en esta empresa
tan solo sirvo á Castilla.
Cas. Almejir! (*con sorpresa.*)
Alm. Me esplicaré...
Sabeis que nuestro tratado
como en ausencia acordado
tan solo por cartas fué:
y, como era natural,
ambiguas: ahora nos vemos,
y juzgo que hacer debemos
un tratado mas formal.
Cas. Dudais de mi?
Alm. No os asombre;
si desconfio de mi
quién puede estrañar que asi
desconfie de otro hombre?
Quiere la regencia Lara
traspasar al de Leon,
y fuera mengua y baldon
que un estraño nos mandára.
Por eso me dirigi
á vos, como castellano
que sois, Castro, y por mi mano

la regencia os ofreci:
mas con una condicion
que claramente espresada,
ha de ser por vos firmada
sin la menor dilacion:
pues nunca hubiera entregado
el Rey niño sin tener
este pliego en mi poder (*se lo presenta.*)
por nuestra mano sellado.
Si llego en fin, á estorbar
lo que Lara pretendió,
dueño del Rey, debo yo
algun tutor proclamar.
Nadie puede como vos
tan digno cargo ejercer;
mas, con todo, puede ser,
que no siempre os guie Dios.
Ese pliego repasad.
(*le dá el pergamino y Castro le lee para si.*)

CAS. Es dura la condicion.

ALM. De vuestra resolucion
pende vuestra libertad.
Si firmais, juro por mi
no descansar un momento
hasta que logre mi intento
y os pueda sacar de aqui.

CAS. Tomad: y el cielo proteja (*despues de sellar.*)
tan pura y noble intencion.

ALM. Sagrada es la inspiracion
que obrar asi me aconseja:
si, valor y confianza.
O en la demanda perezco
ó cumplo lo que os ofrezco. (*vase.*)

CAS. En vos está mi esperanza.

ESCENA IV.

CASTRO, *solo.*

Castilla me hará olvidar
el recuerdo maldecido
de amor no correspondido
que me apena sin cesar:
este amor que fué mi gloria
cuando la juzgaba fiel,
y es ahora yugo cruel
que atormenta la memoria...
Si, lejos de mi la idea
de tan funesta pasion,
y bálsamo á mi afliccion
el bien de mi patria sea.

ESCENA V.

CASTRO, DOÑA SOL, EL CARCELERO, *en la puerta de entrada.*

SOL. Está bien; déjame ya,
y toma por tu servicio. (*le dá un bolsillo.*)

ALC. Siempre mi afecto propicio
á serviros estará. (*vase el Alcaide.*)
(Doña Sol aguarda con impaciencia á que el Alcaide desaparezca y cierre la puerta para dirigirse á Castro: este dice entre tanto los versos siguientes.)

CAS. Esa voz! Es posible?.. no! es un sueño
delirio de la mente engañadora
que con horrible y decidido empeño
me recuerda la imágen seductora
de la muger que amé... Cielos! (*viéndola.*)

SOL. (*dirigiéndose á él.*) Fernando!
Te veo al fin.

CAS. Cruel! ¡qué suerte fiera
te trajo á este lugar?

SOL. Vengo temblando
por mi vida, por ti.

CAS. Quien te creyera! (*con sarcasmo.*)

SOL. Fernando! Por mi amor óyeme al menos
y si aun me juzgas por mi mal perjura,
no mas tus ojos á mirar serenos
se tornen hácia mi.

CAS. No! En tu locura
piensas que aun pudiera yo insensato
tus alhagos creer? Necio seria...
No te amo.

SOL. Me aborreces? Dilo, ingrato!

CAS. No! Si te aborreciera te amaria...
Te desprecio.

SOL. Cruel!

CAS. Ni tu cariño
puede ya con engaños alhagarme
ni darme hechizos tu color de armiño,
ni tu infidelidad atormentarme.
Déjame ya; de la pasion ardiente
que un tiempo fué mi dicha, mi esperanza,
ni un recuerdo tan solo el alma siente
y libre el corazon vive en bonanza.
Esto merece la pasion liviana
de la que falsa me engañó, y sin duelo
mi noble pecho desgarró tirana.

SOL. No! Te amo! lo juro por el cielo!

CAS. Ah! Perjura! Tan pronto has olvidado
que otro es dueño de ti? Que el ara santa
los votos escuchó que ha pronunciado
tu lábio fementido? Ni aun te espanta
la idea criminal, aterradora,
de profanar de tu sagrado esposo
el amor sin igual con que te adora?

SOL Esposa de otro yo! ¿Y tú has podido
tal infamia creer de quien primero
que dar tu amor al criminal olvido,
diera su pecho al matador acero?

CAS. Será cierto, Dios mio! Y yo entre tanto
dudaba de tu fé... Mas, ¡por mi vida
no quieras engañarme!

SOL. El dulce llanto
que al mirarte derrama quien olvida
por ti su honor, cuando de pueblos ciento
pudiera reinar ser, ¿nada te dice?
Nada el luchar contra el furor sangriento
de quien tu amor y mi pasion maldice?

CAS. Si, si; tienes razon, injusto he sido
contigo, con tu amor; di que me ama
tu corazon; que en vano han pretendido
apagar de tu fé la pura llama
que arde en tu pecho para mi mas bella
que los rayos del sol brillante y puro;
mas que la llama de la dulce estrella
mensagera del sol.

SOL. Si, te lo juro
por la verdad de tu pasion querida,
por cuanto mas sobre la tierra adoro.

CAS. Tus palabras me vuelven á la vida:
enjuga, hermosa, ya tu amante lloro.

SOL. No dudas, no, de mi?

CAS. Como llevára
la vida sin tu amor? No! vida mia,
si por desgracia de tu amor dudára
un solo instante mas, me moriria.
Mas quiero ver de tus amantes ojos
esa dulce mirada encantadora,

que del ardiente sol los hilos rojos
conque del mundo las bellezas dora.
Mas precio oir de tus risueños labios
una queja de amor, que de otras flores,
porque son de un amante los agravios
testigos de la fé de sus amores.
Y mas quiero sentir el soplo leve
que embalsamado de tus labios sale,
que el aura dulce que en las flores bebe
que mas que el aura y que las flores vale.
Y siendo tú mi bien, en cruda guerra
¿cómo he de aborrecerte, prenda mia,
si eres ya para mi sobre la tierra
el agua, el sol, el aire, la armonia?

Sol. Tanto me amas?

Cas. Si, si! mas que pudiera
amar un beso de la madre mia,
y si á Dios ultrajarle no temiera
aun mas que al mismo Dios te adoraria.
Pero sabes, mi bien, la negra suerte
que me está por el cielo decretada?

Sol. Una venganza horrible.

Cas. Si! la muerte!

Sol. Bien; moriré contigo.

Cas. Desgraciada!
tan joven y morir; no, encanto mio,
olvida mi pasion; ¿qué esperas de ella?
los tristes restos de un cadáver frio?
Huye, por Dios, de mi fatal estrella.
Tal vez ahora, en el instante mismo
que radiante de amor miro tu frente,
abriendo están el sepulcral abismo
que guardará mi nombre eternamente.

Sol. Calla, calla, por Dios; tan triste idea
olvidala y hablemos sin recelo
de nuestro tierno amor, bálsamo sea
que alivie tan amargo desconsuelo.

Cas. Si, si, tienes razon; mas que oscurece
(*viendo que Sol manifiesta un repentino temor, mira á la puerta del fondo.*)
tu semblante? Por qué tiembla azorada
tu mano entre las mias?

Sol. Me parece (*temblando.*)
oir ruido.

Cas. Aprension.
(*se oye abrir con llave la puerta del fondo.*)
No temas nada.
(*Sol se ampara de Castro, mirando con espanto á la puerta.*)

ESCENA VI.

Los mismos, don Rodrigo, el Alcaide, *cuatro hombres embozados y armados.*

Rod. Por Dios vivo que me habeis
de pagar tal resistencia.

Alc. Señor!

Rod. Habeis olvidado
que mando aqui?

Alc. Mas quisiera (*ap.*)
que mandára el mismo diablo.

Rod. Pronto! cerrad esa puerta.
(*vase Alcaide y cierra.*)

Sol. Mi tutor! Nos han vendido!

Cas. Entra. (*abriendo la puerta derecha.*)

Sol. Por Dios! (*resistiendo.*)

Cas. Nada temas.

Sol. Estás desarmado.

Cas. Y qué?

Sol. Su intencion no será buena
al bajar aqui.

Cas. No importa;
viniendo solo...

Sol. Y si...

Cas. Entra.
Te lo pido por mi amor.

Sol. Yo lo observaré de cerca. (*ap. vase.*)

(Durante este último diálogo, don Rodrigo lleva á los cuatro hombres por detrás de las columnas donde los deja escondidos. El teatro en el fondo está enteramente oscuro, de manera que Castro no ve los hombres que llegan con don Rodrigo.)

ESCENA VII.

Don Rodrigo, Castro, *los hombres escondidos.*

Cas. Quién vá? (*á don Rodrigo que llega.*)

Rod. Ola! estais ahi?

Cas. Me buscais?

Rod. Y á quién pudiera
buscar aqui mas que á vos?

Cas. Decid lo que se os ofrezca,
que estoy dispuesto á escucharos
sino es larga vuestra arenga.
Qué me quereis?

Rod. Poca cosa
que de grande interés sea
para mi; mas para vos
(*Castro le oye indiferente sin mirarle.*)
tal vez... por eso quisiera
que oyeseis atento.

Cas. Hablad,
que ya os escucho.
(*se sienta en un banco que hay delante de la puerta izquierda.*)

Rod. Y se sienta!
(*se encoje de hombros manifestando conformidad.*)
Vos amais á mi pupila?
(Pausa en que Castro le mira con atencion un momento, y separa despues la vista de Rodrigo como manifestando despreciar su pregunta.)
Aguardo vuestra respuesta.

Cas. Mejor será que os ahorreis
palabras, Rodrigo, necias.

Rod. Estais, por Dios, insolente. (*con sarcasmo.*)

Cas. Acabad.

Rod. Corriente... Ella,
vuestra pasion corresponde?

Cas. Corta memoria es la vuestra:
os he contestado ya.

Rod. Es decir, Castro, que llega
vuestra locura á esperar
en muger correspondencia?
Y si fuera lo contrario?
Si no os amára?

Cas. Quisiera
que midierais algo mas
las palabras. Dios me tenga (*ap.*)
de su mano.

Rod. Me parece
que aqui el que mas las debiera
medir sois vos.

Cas. Acabemos:
¿qué me quereis?

Rod. Nada espera
ya vuestra suerte encerrado
en esta prision secreta,
de donde solo podeis
salir á una muerte cierta...

pues bien, yo os vengo á ofrecer
la libertad.

Cas. Se interesa
mucho por mi don Rodrigo,
y presumo que hay envuelta
otra intencion en su gracia.

Rod. No es errada vuestra cuenta,
que no es cuerdo hacer favores
á quien pagarlos no pueda
con otros iguales, y es
la gratitud una prenda
tan débil, que á lo mejor,
sin saber cómo, se quiebra...
y asi, favor por favor
es la mejor hipoteca.

Cas. Adelante. (Me vá á hablar (*ap.*)
sin duda del Rey.)

Rod. Quisiera,
puesto que ya no podeis
ser dueño de Sol, sin treguas
se hallára el medio mejor
de que oscura no perezca
vuestra noble juventud
de mil esperanzas llena.
Ademas, podeis hallar
donde quiera otras bellezas
que mas que Sol correspondan
de vuestro amor la fineza.
Escribid pues, una carta
diciendo que os interesan
negocios de mas valía
que su amor, que fuera mengua
en vos posponer... la patria,
por ejemplo, á la simpleza
de una muger, cuando ciento
vuestro fino amor esperan.
Si asi lo haceis, os ofrezco
la libertad; esto queda
sepultado; yo consigo
lo que ambiciono en la tierra,
y vos una libertad
que es la vida... Mas franqueza
me parece que no puede
hallarse, pues sin reserva
os descubro mis deseos...
Qué me respondeis?

Cas. Paciencia! (*ap.*)
paciencia! hiela la sangre
que siento hervir en las venas.

Rod. Reflexionad que es la vida
lo que os ofrezco, y quisiera
segura contestacion...
Responded, que el tiempo vuela.

(*Castro conteniendo su ira señala la puerta de salida.*)

Cas. De mi prision, don Rodrigo,
la salida es esa puerta?

Rod. Qué quereis decir con eso?

Cas. Dios mi despecho contenga. (*ap.*)
Que no teniendo otra cosa
que decirme, ni yo flema
para escuchar necedades,
podeis, y cuanto antes sea,
marchar, porque me incomoda,
y mucho, vuestra presencia.

Rod. Don Fernando! (*con ira.*)

Cas. Don Rodrigo! (*levantándose.*)

Rod. Pero es de vuestra cabeza
(*mudando de tono y despues de pausa corta en que se miran con resolucion.*)
un arrebato imprevisto.
Pensad en vuestra conciencia
que os vengo á ofrecer la vida,
y no es despreciable oferta.

Cas. Pienso que no habeis pensado
cual debierais en la vuestra.

Rod. Me amenazais?
(*con sarcasmo y señalando su espada.*)

Cas. Miserable! (*con furia.*)
Pero es de vuestra cabeza
un arrebato imprevisto. (*conteniéndose.*)
Pesad en vuestra conciencia
que al ofrecerme la vida
pudierais perder la vuestra.

Rod. Bobada! Estais desarmado
y lucha desigual fuera
en la que al fin venceria
la astucia contra la fuerza.

Cas. Probadlo.
(*yendo á lanzarse sobre don Rodrigo.*)

Rod. A él!
(*retirándose todo lo posible. Salen los hombres y sujetan á Castro.*)

Cas. Asesino!

Rod. Lo veis?

Cas. Traidor!

Rod. Aun os queda
tiempo de salvar la vida:
aceptais ó no mi oferta?

Cas. Mil muertes antes.

Rod. Llevadle;
y pues lo quiere, que muera.

(Los embozados arrastran á Castro al calabozo de la izquierda. Este dirige una mirada de dolor al cuarto donde está Sol, y despues de decir los versos siguientes, se deja conducir maquinalmente como sumergido en la desesperacion.)

Cas. Si mi destino es morir,
Dios mio, velad por ella. (*vase.*)

(Al entrar en el calabozo se oye abrir la puerta derecha: don Rodrigo que tiene agarrada la de la izquierda, vuelve la cabeza, ve á Sol, man ifiesta su asombro y cierra la puerta repentinamente.)

ESCENA VIII.

DOÑA SOL, DON RODRIGO.

Sol. Deteneos!

Rod. Desgraciada! (*con sorpresa.*)
Apenas tamaña afrenta
me atrevo á creer en vos.

Sol. Dejadle salir ¡por Dios!

Rod. Asi dais de mi honor cuenta?

Sol. Qué importa?..

Rod. Silencio!

Sol. No!
gritaré.

Rod. Loca imprudencia:
un grito mas, la sentencia
acelera.

Sol. Cielos!
(*se cubre el rostro con el pañuelo y llora.*)

Rod. Oh!
tan ciego amor le teneis
que atropellando el honor,
á un carcelero traidor
vuestro secreto vendeis!

Sol. Si, le amo!

ROD. Amor impio.
SOL. Le quiero, le adoro, sí,
y no soy dueña de mi
en mi amante desvario.
Le vi: llena de candor
contemplé su hermosa frente
y sentí la llama ardiente
de un volcan abrasador.
Sentí en mi frente cruzar
una idea encantadora,
que el corazon me debora
y que no puedo esplicar:
idea que inquieta gira
y no comprende la mente;
pero que amorosa, ardiente
con ella el alma delira.
Será de mi negra estrella
algun destello engañoso;
pero es tan dulce y hermoso
delirar, señor, con ella!..
Si sabeis lo que es amar,
amar con delirio insano,
no seais mas su tirano:
dejadle libre marchar.
Si, si, calmad el dolor
de una muger desgraciada,
que os suplica arrodillada
por vuestros hijos, Señor.
ROD. Con vuestra pasion no veis
siquiera con quien hablais;
¿por mis hijos suplicais? (*con risa sardónica.*)
SOL. Es verdad!.. no los teneis.
(*en el estremo del dolor y mirando fijamente á don Rodrigo.*)
Pero... sí... por lo que mas
en la tierra idolatrais.
ROD. Alzad, que en vano os cansais,
no espereis eso jamás.
(Doña Sol le mira fijamente y como temiendo no oir la respuesta de don Rodrigo, manifestando ser la última súplica y estar próxima á romper con él, le dice á media voz.)
SOL. Y si os lo pido por vos...
por el cielo?..
ROD. No! Señora. (*con enfado.*)
SOL. Bien...
(*levantándose y con entereza procurando ahogar su dolor y reprimiendo el llanto.*)
Oidme: desde ahora
guerra abierta entre los dos,
me canso ya de sufrir
vuestro imperio singular,
y no os volveré á rogar
aunque le viese morir.
Ya es hora que guarde yo
el lugar que aqui me toca.
ROD. Que locura! me provoca
á risa tal furia... Oh!
Pensais tal vez... (*con risa insultante.*)
SOL. Pienso, si,
humillar vuestra arrogancia
y enseñaros la distancia
que hay desde vos hasta mi.
ROD. Habeis olvidado ya
que sois mi pupila, y siento
que me obligueis al tormento
de hacéroslo recordar.
SOL. Vuestra pupila!.. Lo he sido
por mi desgracia hasta hoy,
pero desde ahora estoy
libre, me habeis entendido?
Y os advierto que me hableis
con mas respeto.
ROD. Pudiera (*con humildad fingida.*)
hablaros de otra manera?
¿Qué mas respeto quereis?
SOL. Estais delante de mi,
soy dama de la nobleza,
Rodrigo, y vuestra cabeza
la veo cubierta.
ROD. Ah! si...
(*se descubre con sonrisa maliciosa.*)
una distraccion debida
á tan inmundo lugar,
donde no es comun hablar
con persona tan cumplida...
SOL. Bien sabeis que si bajé
á este lugar, don Rodrigo,
vos mismo sois buen testigo
que vuestra la culpa fué.
ROD. Pero en fin, me declarais
la guerra?
SOL. Si!
ROD. Que locura!
no veis, débil criatura,
el poder con que luchais?..
Sereis de Lara...
SOL. Jamás!
ROD. Jamás? Resistencia vana,
pensadlo bien, que mañana
seria tarde quizás.
SOL. Me daña vuestra presencia
y os dejo, mas os advierto
que al hacer tal desacierto
consulteis vuestra conciencia.
(*va á dirigirse á la puerta de salida: don Rodrigo se sonrie triunfante.*)
ROD. No la intenteis que es en vano
la salida; el carcelero
que tomó vuestro dinero
está ya preso.
SOL. Villano!
Qué intentais?
ROD. Cortar las alas
(*cubriéndose y con arrogancia insolente.*)
conque pretendeis volar,
aunque para tal azar
las escogisteis muy malas.
Guerra por guerra, señora,
venganza contra venganza;
pues la súplica no alcanza,
sabed la suerte traidora
que os espera; aqui encerrada
os irá la fiebre ardiente
consumiendo lentamente
en las sombras de la nada.
SOL. No! no! dejadme salir,
seré condesa de Lara.
ROD. Es tarde: y quién se fiára!..
SOL. Bien: lo soy y os mando abrir.
Obedecedme.
ROD. Quizás
pretendeis venderme... No...
aquella puerta se abrió;
trás de vos se cerrará!
SOL. No ois? Seré la muger
de Lara.
ROD. No: ya es envano (*cogiéndola.*)

esa astucia: en vuestra mano
siento ya la fiebre arder.
Estais delirando, si...
Seguidme.
(arrastrándola al calabozo de la derecha:)
SOL. Ah! os lo juro...
lo seré.
ROD. Lo mas seguro
es que no salgais de aqui.
Venid!
(la arrastra hasta la puerta y se detiene al oir la voz de Lara.)
LARA. En nombre del rey
abrid esa puerta. *(dentro.)*
ROD. Cielos!
SOL. Esa voz...
OTRO ALCAIDE. En mis desvelos *(dentro)*
cumplo señor con la ley
que me han dado: pero á vos
que en nombre del rey venis
os obedezco.
(Durante los anteriores últimos versos, don Rodrigo manifestará el temor de que se halla poseido. Sol manifiesta cierta esperanza feliz: ambos oirán con el mas vivo interés.)
SOL. Lo ois?
Me he salvado.
ROD. Vive Dios!
Es Lara!
SOL. Si: mi venganza
llegó ya.
ROD. Silencio! *(queriendo escuchar.)*
SOL. No!
ROD. Temblad!
(manifiesta haber tomado una resolucion, saca el puñal y amenaza á Sol.)
SOL. ¡Asesino! *(con temor.)*
(Don Rodrigo la lanza con violencia dentro del calabozo; Sol dá un grito. Don Rodrigo cierra de repente la puerta, y se oye el golpe como de un cuerpo que cae.)
ROD. Valor y aun hay esperanza.
(envaina el puñal con la mayor sangre fria.)

ESCENA IX.

DON MANRIQUE, DON RODRIGO.

LARA. Vive Dios, Don Rodrigo, que me estraña
que escluido no hubierais mi persona
de la orden ó mandato que le abona
al nuevo carcelero. Si me engaña,
juro que ha de pagar tal osadia.
ROD. Señor, no os esclui porque un instante
hace que di esa orden terminante,
y que aqui descendieseis no creia,
Respondo con mi fé del que encerrado
se halla en esta prision, y es mi destino
cerrar por todos medios el camino
que pudiera dejar mi honor manchado,
brindando libertad al enemigo
de mi patria.
LAR. Muy bien: juzgué que oia
otra voz desde fuera, y yo creia
que alguien con vos estaba, don Rodrigo.
ROD. Tal vez os engañásteis.
LAR. Lo jurára
por quien soy; pero veo que me engaño.
ROD. La prision registraba y no es estraño
que en la bóbeda el eco resonára...
Mis pisadas tal vez...
LAR. Haced que venga
el preso á este lugar.
ROD. Bien: soy perdido *(ap.)*
si le llega á decir que he pretendido
matarle aqui... mi astucia le prevenga...
(vase.)

ESCENA X.

DON MANRIQUE, *solo.*

Por quien soy que me mueve don Rodrigo
á dudar de su fé; hace unos dias
que, escusando el oir preguntas mias
una reserva estraña usa conmigo...
Pero tal vez será sospecha vana
porque á ser realidad este recelo,
me afano y no comprendo, por el cielo,
qué objeto lleve su intencion villana.
Mas, no echemos tal duda en el olvido.
Cien traidores me cercan; un mal paso
me pudiera perder; y en todo caso
diz que vale por dos el prevenido.
(sale don Rodrigo con Castro que manifiesta asombro al ver á Lara.)
LAR. Despejad, don Rodrigo. *(vase este.)*

ESCENA XI.

DON MANRIQUE, CASTRO.

CAS. Apenas creo
lo que mirando estoy!
LAR. Es muy estraña,
Fernando, esta visita, y yo no dudo
que en tu oscura prision no la esperáras.
CAS. Por el cielo que no; ni pude nunca
juzgar que tu presencia me insultára
en un lugar que respetar debieras.
LAR. No tan vil intencion, otra mas santa
me conduce á tu lado. Hace harto tiempo
que vemos á Castilla desgarrada
por encontradas disensiones nuestras,
y luto solo y mortandad se halla
y estrago por do quier, sin mas motivo
que un odio sin razon: en pena tanta,
en tan duro conflicto, solo un medio
queda no mas para que mano estraña
no rija los destinos de Castilla.
Tu vida es mia, sin que fuerza humana
que no salga de mi salvarte pueda.
Júrame que unirás sin mas tardanza
tus huestes á las mias, y ahora mismo
la libertad te doy.
CAS. Jamás pensára
que tan noble mision te conducia.
Si solo anhelas defender la patria,
si resto alguno de ambicion no abriga
tu libre corazon, pocas palabras
bastarán á entendernos. Si me juras
á tu vez que el gobierno, sin mas trabas
entre los dos á dividir te avienes,
á tus cansadas tropas dos mil lanzas
vendran á unirse, y de comun acuerdo
cuanto convenga dispondremos.
LAR. *(enojado.)* Basta!
Olvidas dónde estás?
CAS. No, por mi vida.
LAR. Tan vil proposicion si la aceptára
debilidad seria. ¿Has olvidado

que estás en mi poder? No te se alcanza
que solo por tu bien interesado
pude hasta aquí bajar?

CAS. Tales palabras
te atreves á decir, á quien conoce
tu mísero secreto? No te espanta
esa guerra interior que tú has querido?
De Leon las banderas desplegadas
ves tremolar bajo el divino cielo
de Castilla, cual nubes mil que abanzan
en oscuro tropel amenazando
sobre ti descargar negra borrasca.
Tras de sus negros paños va á esconderse
el claro sol de nuestra hermosa patria,
agüero triste de los tristes males
que á la infeliz Castilla ya amenazan.
Oyes del de Leon la voz potente
que entregar la regencia te demanda,
conoces que es un peso que tus huestes
no pueden ya llevar, y estraviada
la confundida mente en tu delirio
valerte quieres de mi suerte aciaga.

LAR. La gloria solo de Castilla quiero.

CAS Su gloria nada mas; y no te agrada
tu poder dividir?

LAR. Mengua seria,
debilidad en mi, cuando te hallas
sujeto á mi poder. No hay mas camino
para salvar tu vida.

CAS. Pues que caiga
la muerte sobre mi cuando quisiere.

LAR. Pensadlo bien.

CAS. Estais pesado.

LAR. Basta!
Tuya sea la culpa de los males
que á nuestro rey acosen y á la patria.

CAS. Mia dices! Villano! Si has sabido
usurpar el poder cuando la calma
por Castilla sus bienes repartiendo
á tu ambicion frenética alhagaba,
por qué no la defiendes del peligro
donde supo arrastrarla tú ignorancia?
Tu deber es morir entre sus ruinas
primero que á estrangeros entregarla.

LAR. Delirio fuera contra un rey potente
mis huestes oponer, del todo exahustas.

CAS. Es mi patria tambien ¡oh! y he de verla
en manos estrangeras! Si lográra (*ap.*)
al rey niño tener, aun era tiempo.

LAR. Vedlo pronto, Fernando, el tiempo pasa,
y el de Leon aguarda mi respuesta,
tal vez muy cerca ya de estas murallas,
único apoyo, y débil, que tenemos.

CAS. Nada se oye. (*ap.*)
Bien; quede de las armas
el mando todo en mi, y al punto cedo.

LAR. El de tu gente solo.

CAS. Cual te arrastra
la ambicion del poder!

LAR. Al punto cede,
ó todos nos perdemos.
(*ruido lejano de voces.*)

CAS. Qué oigo!
(*escuchando con interés.*)

LAR. Acaba.
Ese ruido tal vez es nuestra ruina
si juntos no podemos conjurarla.
(*voces lejanas de modo que se perciban confusamente lo que gritan.*)

VOCES. Viva Fernando!

OTRAS. Viva!

CAS. No! es la tuya!
la tuya nada mas.

LAR. Qué? Nueva trama
ha logrado tal vez?..

CAS. Ese silencio!..
(*ap. escuchando con ansiedad.*)
Qué angustia!

LAR. Nada se oye. (*ap.*)

CAS. Nada!.. nada!
Si seria ilusion!

LAR. Si, engaño ha sido,
ilusion nada mas, quedó frustrada
tu intencion otra vez. No ya mas ruegos
volverás á escuchar, ni esperes gracia
que te pueda librar de mi castigo.
Tu sepultura es esta.

VOZ. (*dentro.*) Muera Lara!

VOCES. Muera! muera!

CAS. Tú has dado la sentencia,
que en tí se ha de cumplir.

LAR. Antes mi espada
(*la saca.*)
tu pecho cruzará.

CAS. Lara asesino! (*con calma.*)
Jamás en él crei tan vil infamia.
Veamos si se atreve.
(*se cruza de brazos presentándole el pecho.*)

LAR, Así pretendes
librarte á mi furor? Aunque la mancha
cayera sobre mi de oprovio eterno.

(Va á lanzarse sobre Castro, este, como inspirado de una idea repentina, dice con voz de trueno la palabra «asesino» y Lara se estremece, arroja la espada, da un grito como poseido de terror y se cubre el rostro con las manos.)

CAS. Asesino!

LAR. Oh! Jamás!

(*Castro coje la espada de Lara, la hace dos pedazos y la arroja entre él y su enemigo.*)

CAS. Si castellana
es la sangre que corre por tus venas
elige de los dos, y antes que entrada
tengan aqui los mios, decidamos
como exige el honor de esta jornada.

LAR. Vencido en todo! no! mi vida es tuya,
dispon de ella á tu antojo: no ultrajada
con infame baldon sea mi honra
cuando la tuya con honor se ensalza.

CAS. Al fin te encuentro digno de quien eres.
Mas el ruido se acerca, y si te halláran
mis gentes, yo su enojo no podria
acaso contener.

LAR. En esa estancia
(*por el calabozo de la derecha.*)
mi suerte espero; en tu honradez confio.

CAS. Oye, pues, cuanto digan mis palabras
y de tus obras penderá tu suerte.

(*Lara abre la puerta derecha, y entra en el calabozo y cierra.*)

ESCENA XII.

CASTRO, *solo.*

Si, confia, mas piensa en tu retiro
que espero yo tambien, gracia por gracia,
y que si al fin te niegas á mi anhelo
tu vida me responde de la que ama
mi ardiente corazon... Ah! ya se acercan,

pero con un silencio que me pasma.

ESCENA XIII.

CASTRO, ALMEJIR, UN OBISPO, *con el libro de los Evangelios abierto.*

(Dos pages con achas encendidas que al entrar en la escena se colocan uno á cada lado del obispo. Algunos grandes, Almejir trae en la mano el pergamino del acto anterior.)

ALM. Pasad, inclitos nobles de Castilla,
y oid al campeon que con audacia
vá á jurar defender los santos fueros
de su pueblo y su rey. Visto que Lara
(*á Castro.*)
pensó cobarde, objetos tan sagrados
á enemigos vender, á vuestra espada
no vencida jamás, confiar quiere
este pueblo, con justas esperanzas,
su rey y sus derechos: sobre el libro
del Evangelio Santo confirmada
será vuestra palabra de guardarlos
al abrigo de insultos y amenazas.
CAS. Escuchadme un momento, y tal vez juntos
á otro el juramento que se aguarda
tomaremos... Traed. (*coge el pergamino.*)
ALM. Pero...
CAS. Si es cierto
que Manrique pensó que necesaria
era la humillacion á un enemigo,
hoy dia está resuelto á contrastarla.
ALM. Pero olvidais, señor...
CAS. Oidme atentos.
«Lara se obliga á defender la patria
(*poniéndose junto á la puerta del calabozo donde entró Lara, y leyendo en el pergamino que cogió á Almegir.*)
con todo su poder, hasta que pierda
la vida con honor en las batallas,
si por desgracia pelear es fuerza.
Si perdido el valor, acobardára,
y por ello, Castilla se espusiera
á segundo peligro, desterrada
será de Lara la familia toda,
su palacio arruinado, y en sus armas
el sello del traidor pondrá el verdugo
sobre la puerta, solo conservada
para leccion de los futuros siglos.»
ALM. Y quién podrá afirmarlo?
(*Lara que sale dejando cerrada la puerta del calabozo y pone la mano sobre los santos evangelios.*)
LARA. Mi palabra.
Lo juro por los santos Evangelios;
y si á ello faltáse, falte el agua
á mi abrasado pecho, y por las fieras
sean mis negras carnes devoradas.
CAS. Y no olvides jamás en tu ventura,
que primero que vanas esperanzas
de soñado poder, es ese pueblo
que en tristes disensiones ve agotadas
sus colosales fuerzas, causa un dia
de valientes y heróicas hazañas.
LARA. Si, Próceres valientes, otra cosa
al reuniros en cortes anhelaba
mi espiritu abatido. De Castilla
consideré las fuerzas agotadas.
Reconozco mi error; he sido débil,
muy débil, si; pero tan negra mancha
labaré derramando por Castilla
mi sangre con honor en las batallas.
CAS. Dichoso aquel que si su error conoce
la senda ve de la virtud sagrada.
Aqui tienes al hombre que ha sabido
con arrojo y valor salvar la patria
(*presentando á Almejir.*)
y nuestro rey con ella del peligro
donde á pasos jigantes caminaba.
LARA. Vos! (*mirándole con sorpresa.*)
ALM. Señor, si obré mal, á vos os toca
señalar el castigo.
LARA. No: la falta
ha sido mia, solamente mia,
y debo sin demora repararla:
opongamos unida resistencia
á ese rey de Leon que nos amaga.
Y en pago á vuestro arrojo y valentia,
Almejir, desde ahora de la guardia
del rey os encargais, hasta ponerlo
bajo el amparo de los muros de Avila.
Y vosotros, valientes campeones,
vuestro esfuerzo unireis?
TODOS. Si!
CAS. Con audacia
unamos nuestras fuerzas, acabemos
intestinas reyertas, siempre aciagas.
Y aun podemos librar al rey y al pueblo
del comun enemigo que amenaza
nuestras leyes hundir. Si bien unidos
sabemos defenderlas, si con franca
y leal decision nos arrojamos,
si, creedme, aun es tiempo de salvarlas,
mas tarde... sabe Dios... El enemigo
de nuestra division partido saca,
y el estrago y la muerte ya esparciendo
con una horrible guerra nos amaga:
despertemos al fin de este letargo
y ¡á las armas! guerreros ¡á las armas!
No mas partidos ya: de los valientes
una sea la enseña sacrosanta
sin mezquina ambicion, y si la historia
desprendimiento tan leal no calla,
de ejemplo sirva nuestra union al mundo
y sepan nuestros hijos imitarla.
LARA. Castro, no esperé menos de un valiente.
(*le dá la mano.*)
CAS. Y yo espero de ti que comenzada
vean la nueva era de tu mando
un premio y un castigo.
(*don Rodrigo aparece agitado y se detiene en el dintel de la puerta.*)
LARA. Si: no escasas
serán mi gratitud y mi justicia.
¿Don Rodrigo?
ROD. ¿Señor?
LARA. De cuanto abarca
el cielo de Castilla, desterrado
desde ahora quedais.
(*don Rodrigo va á hablar y Lara le interrumpe.*)
Silencio!.. nada;
ni una palabra mas oiros quiero.
Ea, salid de aqui! A vos os guarda
mi gratitud el merecido premio
por tan noble honradez. (*á Castro.*)

(Se dirige á la puerta de la derecha, la abre y saca de la mano á doña Sol y la entrega á Castro como haciendo un esfuerzo doloroso que manifiesta claramente el sentimiento que le causa desprenderse de lo que ama. Castro se arroja en los brazos de doña Sol.)



Cas. Sol de mi alma!
Sol. Ah! me ahoga el placer y apenas puedo
(*agitada.*)
mi alegria espresar.
Cas. Prenda adorada,
no mas dolores ya, que eternamente
al lado vivirás del que te ama.
Gracias, Manrique. (*tendiéndole la mano.*)
Lara. (*con dolor.*) Ah! Si la fortuna
te sonrie feliz, no despreciarla
quieras por la ambicion de triste mando
que solo cargos y dolores guarda.
Cas. Dios el tuyo bendiga, y pues deseas
mi feliz porvenir, recibe en paga
consejo por consejo; ten presente
el áspero camino porque marchas,
y no olvides jamás, que no es lo mismo
mandar á su capricho cual monarca,
que cual regente gobernar un reino
que estrecha cuenta pedirá mañana.

FIN DEL DRAMA.

MADRID, 1849.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.